

TEORÍA E HISPANISMO. UNA TRAYECTORIA PERSONAL

THEORY AND HISPANISM: A PERSONAL TRAJECTORY

Sebastiaan Faber
Oberlin College
Sebastiaan.Faber@uberlin.edu

Fecha de recepción: 04/05/2021

Fecha de aceptación: 25/07/2021

Doi: <https://doi.org/10.30827/tmj.v4i2.21123>

Resumen: El autor —hispanista educado en Países Bajos y Estados Unidos en los años 90 del siglo XX— repasa su trayectoria académica e investigadora con un enfoque particular en el papel fluctuante que ha jugado en ella la teoría crítica. El artículo cubre el exilio republicano de 1939, la historia institucional del hispanismo y los estudios de la memoria.

Palabras clave: Hispanismo; teoría crítica; marxismo; ideología; hegemonía; memoria; historia institucional; prestigio.

Abstract: The author, who was educated as a Hispanist in the Netherlands and United States in the 1990s, looks back on his academic trajectory with a particular eye to the fluctuating importance in it of critical theory. The article covers Spanish Civil War exile, the institutional history of Hispanism, and memory studies.

Keywords: Hispanism; critical theory; Marxism; ideology; hegemony; memory; institutional history; prestige.

Sebastiaan Faber es catedrático de Estudios Hispánicos en el Oberlin College (Ohio, EE.UU). Licenciado por la Universidad de Ámsterdam (1995) y doctor por la Universidad de California, Davis (1999), es autor o coeditor de media docena de libros. Lo que sigue no es una entrevista, aunque lo parezca. Es un ensayo escrito en forma de diálogo con un interlocutor virtual, para amenizar la lectura e inyectar una pequeña dosis de tensión dialéctica.

¿Cuál es su relación con la teoría?

Complicada, como se diría en las redes. La verdad es que tardé en descubrirla y todavía más en manejarla con soltura. Cuando me inscribí en la licenciatura de Filología Española en la Universidad de Ámsterdam, en 1989, la carrera estaba diseñada de forma bastante tradicional, sobre un modelo más bien español, centrado en el canon literario y la lingüística, con poca o ninguna atención a la teoría literaria o a la teoría crítica como tal. Para colmo de males, algunos años antes el Ministerio de Educación de Países Bajos había decidido —quién sabe por qué— imponer una especie de división laboral entre los cinco o seis departamentos de Español del país. Algunos, como Leiden, se concentraban en Latinoamérica, mientras que otros —entre ellos, el de Ámsterdam— se ocupaban de España. Un disparate. Hizo, por ejemplo, que mi exposición formal a la literatura latinoamericana en mis cinco años de clases en Ámsterdam se limitara a un solo cuento de Borges. Ahora, no es que no aprendiera cosas, ni mucho menos; de hecho, el castellano empiezo a estudiarlo a los 18 años. En Ámsterdam llegué a trabajar con Germán Gullón; y escogí una asignatura de literatura latinoamericana durante el año que pasé de Erasmus en Alcalá de Henares.

¿Pero ni allí ni en Ámsterdam había clases con un enfoque explícitamente teórico?

Muy pocas en la carrera de Hispánicas, más allá de la narratología. Sí se exigía que cursáramos una clase introductoria —en holandés— de Literatura Comparada, o lo que entonces se titulaba, a lo alemán, Ciencia General de la Literatura (Algemene Literatuurwetenschap). Y casi por casualidad seguí un seminario, también en holandés, de filosofía antropológica. Pero todo eso resultaba bastante desconectado de lo que hacíamos en el Departamento.

Eso, ¿cuándo cambia?

No fue hasta llegar a Estados Unidos para hacer el doctorado que se me abrieron dos mundos que hasta entonces me eran prácticamente desconocidos, al menos en lo que

concernía a mis estudios formales: el latinoamericano y el de la teoría. En la Universidad de California en Davis, a la que llegué en 1995, tuve la suerte de que mi llegada casi coincidiera con la de Neil Larsen, el gran crítico marxista. Si mal no recuerdo, la mía fue la primera tesis doctoral que dirigió. También me tocaron clases en el programa de Teoría Crítica con profesores como Janelle Reinelt, Marc Blanchard y Georges van den Abbeele. Fue allí también donde tuve que escribir mis primeros textos en inglés. Hasta entonces, todo había sido en holandés y castellano.

¿Cómo era la conexión entre el programa de teoría crítica y lo que se hacía en las clases de doctorado del Departamento de Español?

Mucho mayor que en Ámsterdam, sin duda. En gran parte, precisamente, por la mayor presencia de lo latinoamericano. Como muchos departamentos de Español en Estados Unidos, en realidad eran tres departamentos en uno —lingüística, literatura latinoamericana y literatura española— que funcionaban de forma bastante autónoma, cuando no estaban peleados entre sí. En los estudios literarios, la distinción entre latinoamericanistas y “peninsularistas” era, además de personal, también intelectual. Los latinoamericanos venían de una tradición intelectual muy diferente de los que estaban en la española. Simplificando mucho, en países como Argentina, Chile, México o Venezuela habían impactado mucho más las revoluciones del pensamiento occidental de la segunda mitad del siglo XX que en la España de Franco o en el campo de la filología española, por más presencia que hubiera en esta de exiliados republicanos. Las y los latinoamericanos también tenían vínculos más directos u orgánicos con las ciencias sociales como la sociología y la antropología. No es casual que la revolución de los estudios culturales llegue mucho antes al latinoamericanismo que al peninsularismo.

Con Neil Larsen como director de tesis, ¿cabe suponer que salió del doctorado hecho un marxista?

En cierta forma, sí. Aprendí mucho de él, aunque no cito su trabajo ni una vez en la tesis, más allá de los agradecimientos. (*Risas*). Pero es verdad que durante mis últimos años en Davis quedé bastante deslumbrado por Larsen y por otros teóricos marxistas como Terry Eagleton, Slavoj Žižek, Jean Franco o John Beverley. De hecho, uno de mis primeros artículos publicados es el único de teoría —digamos— pura: un análisis de la evolución del concepto de ideología, que redacté bajo la influencia, no digerida del todo, de Žižek y Eagleton. En mi tesis doctoral sobre los intelectuales españoles exiliados en México, en cambio, que después se conver-

tiría en mi primer libro, lo que más me sirvió fue el trabajo de Antonio Gramsci, en particular su concepto de hegemonía.

¿Se refiere a *Exile and Cultural Hegemony*?

En efecto. En ese libro, la teorización gramsciana de la hegemonía me pareció que servía de maravilla para entender varios aspectos clave del exilio. Primero, el impacto de la táctica antifascista del Frente Popular, que fue adoptada formalmente por la Comintern en 1935, pero que tuvo sus prehistorias y manifestaciones particulares entre las y los intelectuales españoles que se habían comprometido con el proyecto republicano. Por un lado, el frentepopulismo en España era una puesta en práctica de lo que proponía Gramsci: una coalición contra el fascismo que era amplia, progresista y de carácter nacional-popular. Por otro lado, la licencia nacionalista implícita en la táctica avalada por la Comintern de Dimitrov —quien básicamente decía que el nacionalismo era un arma demasiado potente como para dejar que lo monopolizara el fascismo— también entroncaba con un populismo que ya estaba presente en muchos de los intelectuales españoles de la época. Basta pensar en la Generación del 27. Esto, en el contexto de la Guerra Civil y del despertar urgente de sus nacionalismos rivales, llevó no solo a una idealización del pueblo con un fuerte regusto del nacionalismo cultural (como lo define John Hutchinson) sino también a la asunción de parte de muchos intelectuales de una actitud bastante paternalista para con ese pueblo idealizado.

Una vez exiliados a Latinoamérica, y a México en particular, ese nacionalismo populista se convierte en lo que usted llama “hispanismo”

Bueno, el término no es mío; lo tomo de historiadores como Fredrick B. Pike o Ricardo Pérez Montfort, que han estudiado la evolución de la idea de la comunidad panhispánica a ambos lados del Atlántico desde las independencias latinoamericanas. Pero es verdad que, en mi libro, argumento que el nacionalismo republicano, en el contexto del exilio, ya desprovisto del pueblo y del territorio nacionales, no puede por menos que delatar su sustrato de nostalgia imperial. Es más, mantengo que es en el exilio latinoamericano donde se revela la falta de comprensión política e histórica entre la mayor parte de los intelectuales españoles desplazados —incluida la izquierda radical— de la empresa colonizadora de España. Esa falta de comprensión les ciega ante el significado y el peso de los republicanismos latinoamericanos. También produce bastantes roces con sus colegas mexicanos, colombianos, argentinos, etc. La ironía de la situación la capta Max Aub maravillosamente en su cuento “La verdadera historia de

la muerte de Francisco Franco” cuando escribe que los exiliados españoles en México “no podían suponer —en su absoluta ignorancia americana— el caudal de odio hacia los españoles que surgió de la tierra durante las guerras de Independencia, la Reforma y la Revolución ... Ni alcanzarían a comprenderlo, en su cerrazón nacionalista, con el orgullo que les produjo la obra hispana que descubrieron como beneficio de inventario ajeno, de pronto propio. Jamás las iglesias produjeron tanta jactancia, y más en cabezas, en su mayor número, anticlericales” (413-14).

En el libro, el concepto de hegemonía también le sirve de otros modos.

Sí, también lo uso para describir la lucha que emprenden las y los intelectuales exiliados que fundan editoriales y revistas y se dedican, en cuerpo y alma, a redactar obras ambiciosas de historia, de historia literaria y de historia de la filosofía. Y es que entienden desde el comienzo —o así lo argumento— que le toca al exilio establecer una hegemonía cultural frente un franquismo empeñado en condenar al olvido, o a la hoguera, la cultura española (y catalana, gallega, valenciana, vasca, etc.) diversa y moderna que representaba ese mismo exilio.

Aun así, en su libro los intelectuales españoles exiliados en México no salen muy bien parados, que digamos.

Bueno, no diría tanto. Describo su evolución y desafíos con bastante empatía, pero también con el propósito expreso de no caer en el modo hagiográfico o enciclopédico que marca muchas de las publicaciones sobre el exilio en el primer cuarto de siglo después de la muerte de Franco. En el libro, me esfuerzo por considerar la evolución política e intelectual del exilio español en México durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría en el contexto de la evolución de la política y del poder institucional en el entorno anfitrión —concretamente, la consolidación y transformación del régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI)—. Y allí no puedo por menos que concluir que la presencia del exilio español —su presencia real en las instituciones, así como su presencia simbólica en el imaginario y el discurso políticos— acabó por hacer posible, o al menos reforzar, esa hegemonía priista en la segunda mitad del siglo XX.

La suya, por tanto, es una crítica al PRI y a los exiliados enfocada no desde el liberalismo de un Enrique Krauze o un Octavio Paz, digamos, sino desde la izquierda.

En efecto. Esa posición mía —que no dejó de ser algo temeraria— produjo cierta de-

sazón entre dos colegas mayores a los que siempre he admirado mucho y que, en diferentes momentos, me ayudaron en mis investigaciones.

Cuente, cuente...

Bueno, el gran James Valender —profesor del Colegio de México y emparentado con el exilio por matrimonio— escribió que yo, como “marxista convencido”, le estaba exigiendo a escritores exiliados como Max Aub también una “ortodoxia marxista”. Esta exigencia le pareció impropia porque —decía— yo no tomaba “suficientemente en cuenta las circunstancias muy particulares en que Aub, lo mismo que sus paisanos, pasó los largos años del exilio”. “La tesis de Faber”, apunta James, “parece suponer la existencia (por muy clandestina que fuera) de un auténtico movimiento revolucionario, ... preparado para tomar el poder en México en cuanto se presentara la oportunidad. Y este simplemente no era el caso” (“Max Aub y su *Antología*” 253-4). De ahí que Valender rechace de plano lo que mi argumento pueda insinuar de hipocresía de parte de los exiliados españoles en México en lo que respecta a su relación con el régimen anfitrión.

¿Y el otro colega?

El otro era Carlos Blanco Aguinaga, en la Universidad de California en San Diego. Carlos había llegado a México como adolescente exiliado, aunque se desplazó hacia Estados Unidos relativamente pronto. Yo no le había llegado a conocer personalmente todavía, pero le admiraba desde la distancia. Se me ocurrió enviarle un ejemplar de mi tesis doctoral, sin mucha esperanza de que la leyera. Para mi gran sorpresa, me contestó a los pocos días con una carta larga, muy personal y un poco dolida, en la que, por un lado, me daba la razón, pero también señalaba que la posición desde la cual yo criticaba a los exiliados era, en cierto modo, ahistórica.

Su libro sobre el exilio sale en 2002; su segundo libro, sobre el impacto de la Guerra Civil sobre el hispanismo como campo académico en Estados Unidos y Gran Bretaña, no se publica hasta seis años después.

La verdad es que la publicación de *Exile and Cultural Hegemony* me dejó algo desencantado con las monografías universitarias. Ahora veo que yo era bastante ingenuo con respecto a lo que significaba publicar un libro académico. Pero el caso fue que me convencí de que el esfuerzo no valía la pena visto el poco impacto que tienen los libros

universitarios. Por tanto, me puse a publicar artículos. El segundo libro lo escribí casi a mi pesar. Me acabó seduciendo el tema, que me permitió indagar en campos para mí nuevos, como la historia de la izquierda norteamericana en el siglo XX, el macartismo y las biografías de personajes fascinantes como Herbert Southworth, Gerald Brenan, Allison Peers y un antecesor mío en mi propia universidad, Paul Rogers. También me permitió, hasta cierto punto, reflexionar sobre personas que, como yo mismo, acaban atraídas por lenguas y culturas que no son las suyas hasta tal punto que acaban dedicándoles su vida profesional —con todo lo que tiene de raro, de bonito y de cuestionable—.

Ese segundo libro, *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War*, es bastante menos teórico que el primero, o al menos lo parece.

Sí, es más histórico y biográfico, sin duda. Intenta hacer varias cosas a la vez: poner los mimbres para una historia crítica del campo —en su vertiente filológica tanto como histórica— desde sus orígenes en el siglo XIX hasta finales del siglo XX; explicar cómo lidiaron con la guerra los hispanistas a los que el conflicto les pilló en plena madurez; y describir cómo evoluciona el campo a partir de 1940, entre las influencias rivales del exilio republicano y del franquismo. No es que no haya teoría, pero está más implícita. Propongo, por ejemplo, que la historia del estudio erudito de lo español por extranjeros —y desde el extranjero— tiene que asumir la influencia de dos conjuntos de factores que no suelen tomarse en cuenta. Primero, llamo la atención sobre la dimensión afectiva del hispanismo, o sea la hispanofilia: una fascinación o incluso un amor por la lengua, el país, su literatura y su gente. Esta dimensión en muchos casos precede a la fase profesional, pero —argumento— nunca desaparece del todo, en parte por el papel central que siguen desempeñando en el campo, en la producción de conocimiento, estudiosos que cabe tildar de *amateurs*, en el sentido de que carecen de afiliación y apoyo universitarios. Segundo, subrayo la importancia de la dimensión política: los hispanistas, a fin de cuentas, son también ciudadanos con una determinada visión política del mundo. Lo interesante de la Guerra Civil como momento histórico es que, en cierto modo, sirve para llevar a la superficie —o incluso convertir en dilema existencial— esos otros factores, digamos extraacadémicos, que solemos ignorar o minimizar.

El hispanismo —escribe— es un movimiento, un campo académico y una ideología.

Exacto. También allí entra, en cierto modo, la teoría. El objetivo de todo el análisis histórico y biográfico que desarrollo en ese libro es, precisamente, una *Ideologiekritik*

de mi propio campo mediante una historia institucional. En ese sentido, el proyecto le debe mucho a Edward Said —el hispanismo en el mundo angloparlante no deja de ser una especie de orientalismo— pero también sigo partiendo de un enfoque marxista. En todo lo que respecta a la historia institucional, desde luego, hay mucho de Pierre Bourdieu.

Esa influencia de Bourdieu quizá se acuse más en el hecho de que identifica el afán de prestigio como un factor principal en la evolución institucional del hispanismo en Gran Bretaña y Estados Unidos.

Claro, porque desde el comienzo, los hispanistas se han sentido infravalorados en sus instituciones en comparación con sus rivales directos: las filologías clásicas, el inglés, el alemán, el francés e incluso el italiano.

En los agradecimientos del libro menciona de forma prominente a Joan Ramon Resina y James Fernández.

Es que los dos han sido pioneros en la historia institucional —y crítica— de nuestro campo. Resina, con la lucidez que le proporciona el aproximarse al hispanismo desde el rigor de la Literatura Comparada y desde la otredad de una cultura catalana que le permite ver con nitidez las bases ideológicas de una filología española todavía dominada por los presupuestos de los Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal. Y Fernández, desde su propia relación afectiva y biográfica con el campo, al que entra como descendiente de inmigrantes españoles, y en el que llega, en un momento temprano de su carrera, a desempeñar un papel no solo como estudioso sino como gestor cultural —director del Centro Rey Juan Carlos— en una Nueva York en que se superponen, casi como en un palimpsesto, las huellas de la inmigración española de 1880-1920, las llegadas de Federico de Onís o Federico García Lorca, la movilización política en torno a la Guerra Civil y, finalmente, el exilio republicano.

En 2011, poco después del 15-M, su carrera da un giro cuando empieza a colaborar de forma regular en los medios españoles. Sus primeras intervenciones entroncan con el debate sobre la memoria histórica.

En realidad, en ese giro confluyen al menos tres factores diferentes, algunos internos míos y otros externos. Por una parte, una polémica con Santos Juliá que se produce casi por casualidad, en 2009, cuando este se topa —según supe mucho después,

por intervención de Jordi Gracia— con un ensayo mío que se había publicado en una revista norteamericana y donde analizo el papel de los historiadores-opinadores en el debate sobre la memoria, tomando a Juliá como caso paradigmático. El intercambio público con Juliá, bastante intenso, hace que yo entre en contacto con Pablo Sánchez León, Jesús Izquierdo Martín, Noelia Adánez, Ester Pascua y otros miembros del Colectivo Contratiempo, un grupo de jóvenes historiadores que coincidían en mi crítica del papel de los historiadores académicos con respecto a las reivindicaciones del movimiento memorialista. De hecho, Sánchez León e Izquierdo Martín habían ya desarrollado una crítica mucho más incisiva y coherente de la historiografía española de la Guerra Civil en su libro *La guerra que nos han contado: 1936 y nosotros* (2006). Con Contratiempo quisieron traducir esa crítica a una *práctica* diferente: un enfoque no solo en otras historias y memorias, sino también dirigido a otros públicos, públicos concebidos no como meros recipientes del discurso experto sino como participantes e instigadores. Me hizo mucha ilusión unirme a ese proyecto.

¿Y los otros dos factores?

El segundo es el contexto español, donde se producen cambios importantes en el paisaje mediático, con el nacimiento de medios como *Público* y, después de la crisis, medios verdaderamente independientes y críticos como *La Marea* y *CTXT*. Entre otras cosas, esa diversificación de la oferta baja el umbral para que participemos en la esfera pública española las y los académicos, incluidos los que pasamos mucho tiempo fuera del país. En 2011, se me ocurre enviar algo a *FronteraD*, un proyecto valiente y original de Alfonso Armada y otros. En 2012, conozco por casualidad a personas involucradas en la fundación de *La Marea* y me convierto en colaborador casi desde el principio. Y, en 2014 o 2015, entro en contacto con Guillem Martínez, justo cuando este, junto con otros periodistas veteranos de *El País*, está preparando el lanzamiento de *CTXT: Revista Contexto*.

El tercer factor es más personal. Siempre me ha atraído el periodismo. Llevo la vida entera —literalmente desde la escuela primaria— haciendo revistas y, durante mis años en la Universidad de Ámsterdam, trabajé brevemente de periodista en Holanda y asistente de periodista en Madrid. Cuando, poco después de doctorarme, entré a formar parte de los Archivos de la Brigada Lincoln, allá por el año 2000, no tardé en involucrarme en la producción de su revista trimestral, *The Volunteer*. Entonces, en realidad no era tan grande para mí el paso del trabajo académico a las colaboraciones en prensa, incluidos los análisis y reportajes de la actualidad española que escribo con Bécquer Seguí para la revista norteamericana *The Nation* desde 2015.

¿Cómo ve la relación entre estas aventuras periodísticas y su labor como investigador universitario, en particular el aspecto teórico, que al fin y al cabo es lo que nos ocupa aquí?

Es una buena pregunta. Por un lado, experimento un nivel bastante alto de simbiosis entre esas dos vertientes de mi actividad. No me cabe ninguna duda de que mi entrenamiento universitario me ha hecho un mejor periodista —más riguroso e informado, un mejor lector— y que mi actividad como periodista me ha hecho un mejor investigador y escritor académico, con una idea mucho más clara de lo que resulta relevante, y una capacidad mayor de tomar en cuenta —de servir— a mis lectoras y lectores. Pero, por otro lado, también hay una tensión e incluso un antagonismo fundamental entre el periodismo y la investigación académica. Mis compañeras periodistas tienen muy poca paciencia para los malos hábitos universitarios; y la mía también se ha venido agotando. No solo es que, en el mundo universitario, no parecen existir los plazos —todo se entrega siempre tarde— sino que mucha de la producción académica es bastante ilegible. En el periodismo se escribe para seducir al lector. En demasiados textos académicos, no solo no hay seducción alguna, sino que además se nota que el autor ni siquiera ha considerado para quién escribe. Simplemente no parecen textos escritos para ser leídos. Lo que llega a ser como cocinar un plato sin pensar en que alguien se lo coma.

¿Qué papel juega allí la teoría?

Me temo que bastante negativo. El medio siglo de hegemonía teórica en las humanidades, digamos desde finales de los sesenta hasta el presente, ha coincidido con un alejamiento cada vez mayor del público lector no especializado.

¿Está proponiendo entonces que regresemos a la crítica humanística de los años 50?

No, claro que no. El problema, me parece, no es la teoría en sí; esta nos ha hecho a todas y todos mucho mejores lectores y analistas, mucho más conscientes de las limitaciones de nuestra propia mirada, mucho más avezados y sofisticados, mucho menos dependientes de nuestras intuiciones e impresiones, siempre lastradas por prejuicios y posicionalidades. También hay que recordar que esa hegemonía teórica que acabo de mencionar es, de por sí, el resultado de muchos años de lucha contra patrones, prejuicios y privilegios antiguos en el mundo universitario, una lucha que, claro está, también tuvo una dimensión institucional absolutamente crucial, conectada con cuestiones de acceso a la universidad, de autoridad, de crítica y de emancipación. En

nuestro propio campo, sin ir más lejos, la teoría ha sido un arma crucial en la crítica de la filología tradicional. El problema es que la teoría, por más que lograra revolucionar las instituciones, y por más que nos haya hecho mejores lectores, no necesariamente nos ha hecho mejores escritores.

¿A qué se debe esa carencia?

Allí influyen, de nuevo, factores varios. Para empezar, es obvio que la escritura en un sentido amplio —el estilo, la composición, la presentación— ha sido una asignatura pendiente, sistemáticamente ignorada en los programas de doctorado. Es más, si en la *reproduction du corps* —para volver a Bourdieu— se ha fomentado algo, explícita o implícitamente, es la opacidad concebida como seña de identidad profesional, marca de sofisticación y capital cultural —y valla para impedir el acceso a los no iniciados en el juego—. Aquí también influye la ansiedad en torno al prestigio que señalé en mi segundo libro como un factor decisivo en la evolución del hispanismo. Esta ansiedad, como sabemos, ha venido afectando a las humanidades en general, que desde los años 60 se han esforzado en parecerse a las ciencias sociales y naturales. Pero quizás lo que más daño ha hecho es la neoliberalización del mundo universitario, con su concepción cuantitativa en la producción y de la “calidad” y el “impacto”. Son términos que no dejan de ser otra forma de prestigio o capital cultural, pero que fomentan la especialización y la proliferación de artículos y revistas académicas que nadie lee. Irónicamente, la fuerza motriz de todo esto es el mismo credo neoliberal que acaba por cuestionar el valor de los campos humanísticos por su supuesta falta de utilidad —es decir, la dificultad que presentan sus actividades y productos a la hora de mercantilizarse—. Así se produce la tragedia que estamos viviendo en la actualidad: una comunidad académica que está persiguiendo, a lo loco, unos objetivos basados, en última instancia, en la *negación* de su valor y de los valores que la guían. La irrelevancia de lo humanístico acaba así convirtiéndose en una profecía autocumplida, justificando a su vez la abolición de programas y departamentos enteros.

El panorama que pinta es bastante distópico. ¿No hay esperanza?

Bueno, tampoco he querido ser cínico. Esperanza sí que hay, claro. Para empezar, somos muchos los que somos muy conscientes de esta dinámica viciosa y trabajando por cambiarla. No es casual que haya cada vez más medios que quieren servir como puente entre el mundo académico y un público más grande y cada vez más colegas interesadas en colaborar en ese tipo de medios. Por otra parte, tampoco es nuevo:

tanto en el mundo hispanohablante como en el anglosajón siempre ha habido expertos académicos dispuestos a, o incluso ansiosos de, dirigirse a un público no especialista. Donde sí habrá que hacer cambios es en los sistemas de evaluación que sistemáticamente infravaloran ese tipo de actividad, sobrevalorando, en cambio, la producción de textos menos accesibles y relevantes. Pero también en esa área hemos visto erigirse poderosos movimientos reformistas, que además han abogado por cambiar el enfoque de los programas de doctorado.

Hablando de movimientos reformistas, gran parte de su actividad como investigador académico estos últimos años se ha centrado en abogar por una apertura del campo hacia los paradigmas que se han venido a llamar “estudios transatlánticos” y “estudios ibéricos”, al mismo tiempo que no ha dejado de trabajar en el exilio.

Bueno, lo que he hecho en ese sentido es, más que nada, sumarme a proyectos colectivos. En lo que respecta al exilio, el libro *Líneas de fuga*, coordinado por la gran Mari Paz Balibrea, representa un esfuerzo de grupo, realizado y madurado a lo largo de varios años, por repensar la forma en que narramos la historia cultural española partiendo, precisamente, de que el exilio republicano de 1939 representa como factor desestabilizador. Lo novedoso del proyecto —cuyo núcleo es el Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL) en la Autònoma de Barcelona— no solo reside en su conceptualización del exilio y su relación con España, sino en su presentación modular, casi aleatoria, con una sección de términos clave a lo Raymond Williams, una cronología contraintuitiva y una sección con textos de carácter más testimonial. Algo similar representa el libro *Transatlantic Studies: Latin America, Iberia, and Africa* que editamos Cecilia Enjuto-Rangel, Pedro García Caro, Robert Newcomb y yo. Ese libro pretende ser no solo un intento por replantear el campo —abriéndolo en términos geográficos, lingüísticos, teóricos y curriculares— sino, al mismo tiempo, una puesta en práctica de ese replanteamiento a través de más de treinta ensayos. Un proyecto así, claro, no habría sido posible si no fuera por la previa investigación crítica de la historia institucional del campo, como lo representa, por ejemplo, *Ideologies of Hispanism*, el libro pionero coordinado por Mabel Moraña, o *Spain Beyond Spain*, editado por Luis Fernández Cifuentes y Brad Epps. Es más, precisamente en la medida en que nuestro libro constituye una crítica institucional, nos hemos empeñado por incluir en él voces como las de Joan Ramon Resina o Abril Trigo, que cuestionan las pretensiones reformistas del paradigma transatlántico.

Mientras tanto, usted ha ido intensificando el ritmo de sus colaboraciones en medios españoles, con numerosas entrevistas y polémicas con escritores e historiadores. ¿No teme que involucrarse tan intensamente en una esfera pública tan politizada como lo es la española —de forma, además, tan pegada a la actualidad— acabe por erosionar su estatus como académico?

No niego que es un riesgo que me produce cierta ansiedad. También me consta que, en ciertos círculos y entre ciertos colegas, esa erosión ya se ha producido. Además, se da el problema añadido de que no soy ni historiador ni periodista, aunque finja ser ambas cosas. Pero, aunque me lo planteo continuamente, creo que es un riesgo que vale la pena correr. Como explico en *Memory Battles of the Spanish Civil War*, el libro que recoge, en inglés, varias de esas intervenciones realizadas en castellano en medios españoles, me ha parecido importante abandonar la relativa comodidad del supuesto desinterés académico y “unirme a la batalla” por dos motivos concretos. Primero, la naturaleza del tema —en este caso, la memoria histórica de la Guerra Civil y del franquismo, cuya “recuperación” ha sido una reivindicación de la sociedad civil desde hace más de veinte años— y, segundo, esa conciencia, ya mencionada, de que el trabajo académico, para ser relevante, no se puede permitir limitarse a los medios y los formatos académicos tradicionales.

¿Esto implica también abandonar la pasión por la teoría que descubrió en los años del doctorado?

No, para nada. De hecho, en *Memory Battles* pretendo intervenir activamente en el debate teórico de los estudios de la memoria. Primero, me atrevo a cuestionar, de la mano de Jo Labanyi y Beatriz Sarlo, la importación en los estudios de la memoria ibéricos de los aparatos conceptuales de los estudios del Holocausto, como la teoría del trauma y la postmemoria. Segundo, llamo la atención sobre lo que veo como una debilidad metodológica. Pongo en tela de juicio la tendencia que tenemos muchos de los que nos hemos pasado a los estudios de la memoria desde los estudios literarios: presuponer que un puñado de textos literarios representan, de alguna forma, una sociedad entera. Y tercero, propongo otros conceptos para comprender la interacción entre literatura y sociedad civil para replantear la relación entre el presente y los pasados conflictivos o violentos. El que más recorrido ha tenido es la idea de la literatura, en particular la novela, como “acto afiliativo”. Allí tomo prestada de Edward Said la noción de la afiliación como una forma activa de relacionarse con las generaciones pasadas, diferente de las relaciones “filiativas” —es decir, determinadas por la conexión familiar o genética—.

¿Y su último libro, *Exhuming Franco: Spain's Second Transition*?

¡Ese sí que es un experimento! Es el libro más abiertamente periodístico que he hecho, en todos los sentidos. Lo escribí rápidamente, muy pegado a la actualidad, y consiste, en su mayor parte, en reportajes, análisis y entrevistas. No me parece que hable ni una sola vez de la literatura. ¡Reniego de mi formación académica! (*Risas*). Bromas aparte, lo que he querido hacer allí es adoptar una postura en cierto modo más modesta, en la medida en que el periodista se presta, sobre todo, a plantear preguntas, escuchar y representar de la forma más fiel posible lo que le contesten sus interlocutores. Claro que esa modestia es relativa y en cierto modo falsa, porque además de plantear las preguntas —una prerrogativa importante de por sí— también, como autor y editor, soy yo quien da forma a la plasmación textual de la conversación. Aun así, lo que he buscado es abordar uno de los temas más candentes de los últimos veinte años —y, en particular, desde el 15-M y la popularización de conceptos como la Cultura de la Transición y el Régimen del 78—: la persistencia, o no, de legados franquistas en la democracia española actual. Y, al abordarlo, he querido reflejar la enorme diversidad de puntos de vista que hay al respecto, no solo entre derecha e izquierda, sino en el seno de la misma izquierda.

¿Le costó?

Sí, bastante. No solo porque acordé escribir el libro en un plazo imposiblemente breve —para el mundo académico, digo— sino porque lo pensé como un libro para una lectora no española y no especializada. Esto ha significado explicar el contexto español desde cero, por así decir, y al mismo tiempo ir más allá de las simplificaciones y los clichés para entrar en matices en los que no suelen profundizar los corresponsales extranjeros. Está por ver hasta qué punto he logrado ese objetivo.

Bibliografía citada

- Aub, Max. "La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco". *Enero sin nombre. Los relatos completos del Laberinto Mágico*. Barcelona, Alba, 1994, pp. 407-28.
- Balibrea, Mari Paz (coord.). *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid, Siglo XXI, 2017.
- Enjuto-Rangel, Cecilia; Sebastiaan Faber; Pedro García-Caro y Robert Newcomb (eds). *Transatlantic Studies: Latin America, Iberia, and Africa*. Liverpool, Liverpool UP, 2019.

- Epps, Brad y Luis Fernández Cifuentes (eds.). *Spain Beyond Spain: Modernity, Literary History, and National Identity*. Lewisburg: Bucknell UP, 2005.
- Faber, Sebastiaan. *Exhuming Franco: Spain's Second Transition*. Nashville, Vanderbilt University Press, 2021.
- _____. *Memory Battles of the Spanish Civil War: History, Fiction, Photography*. Nashville: Vanderbilt UP, 2018.
- _____. *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War: Hispanophilia, Commitment, and Discipline*. Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008.
- _____. *Exile and Cultural Hegemony: Spanish Intellectuals in Mexico (1939-1975)*. Nashville: Vanderbilt UP, 2002.
- Izquierdo Martín, Jesús y Pablo Sánchez León. *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*. Madrid, Alianza, 2006.
- Moraña, Mabel (ed.). *Ideologies of Hispanism*. Nashville, Vanderbilt UP, 2005.
- Pérez Montfort, Ricardo. *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Pike, Fredrick B. *Hispanismo, 1898-1936: Spanish Liberals and Conservatives and Their Relations with Spanish America*. Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1971.
- Valender, James. "Max Aub y su *Antología de Poesía Mexicana (1950-1960)*". *Homenaje a Max Aub*, James Valender y Gabriel Rojo (eds.), México, D.F., Colegio de México, 2005, pp. 253-80.